

# LA MERCANTILIZACIÓN DE TODAS LAS COSAS: LA PRODUCCIÓN DEL CAPITAL

(IMMANUEL WALLERSTEIN)

El texto comienza con un intento de aproximación a la naturaleza del capitalismo, que dice entender básicamente como un sistema *social e histórico*. La tesis central del autor consiste en la consideración del capitalismo como un fenómeno social e histórico cuya característica principal es la mercantilización de los más diversos aspectos de la sociedad. A partir de ahí, se aborda la cuestión del proceso de proletarización, que entiende ajeno a la lógica capitalista en la medida que reduce los márgenes de ganancia. Y es como consecuencia de este proceso de proletarización que el capitalismo se expande geográficamente a la búsqueda de mano de obra más barata, semiproletarizada. Todo ello en el contexto de un mercado competitivo estructurado como una cadena de mercancías espacialmente jerarquizada de centro a periferia. El texto consta de cinco partes temáticas, que hemos tomado como referencia para el resumen:

I.- Capitalismo y restricciones objetivas al margen de ganancia

II.- La Fuerza de trabajo

III.- Mercado y jerarquía

IV.- Proletarización y mercado

V.- Conclusión

## **I.- CAPITALISMO Y RESTRICCIONES OBJETIVAS AL MARGEN DE GANANCIA**

En primer lugar se nos da una definición conceptual del capitalismo a partir de las nociones de capital y de acumulación de capital. Se entiende capital, de entrada, en su sentido más simple: riqueza acumulada. Es decir, el resultado del trabajo que aún no ha sido *gastado*. Ésta no es aún una definición capitalista, según eso, el capitalismo habría existido siempre. Tampoco la bolsa de monedas de oro escondida debajo de un ladrillo puede ser considerada capital en el sentido capitalista del término; la característica del capitalismo será precisamente que el capital sólo lo será si se utiliza para conseguir más capital.

Esto tampoco hay que entenderlo en el sentido trivial de considerar que desde el mismo momento que alguien desee invertir un capital para aumentarlo, se trate ya de un capitalista. El capitalista, en este sentido, viene más bien definido por la sociedad en la que se encuentra, no por sus intenciones subjetivas. La progresiva mercantilización de la sociedad será la consecuencia inmediata de este proceder, al servicio del cual se encuentra el capitalista como si de una lógica objetiva se tratara, sometido a unas reglas del juego que no hay más remedio que respetar.

El capitalismo representa la mercantilización generalizada de unos procesos - intercambio, producción, distribución...- que anteriormente se habían realizado mediante mecanismos distintos del mercado. Se trata de un proceso asocial, y

es precisamente en esta medida que ninguna transacción social está intrínsecamente exenta de ser incluida en el sistema. Si observamos, además, el desarrollo histórico del capitalismo, veremos que ha significado la progresiva mercantilización de todas las cosas.

Pero ahí aparece la primera contradicción: el capitalismo incorpora a su noción el concepto de *racionalidad económica*, y esto significa optimización, la cual supone la obtención del mayor beneficio posible en relación a la mínima inversión. Lo que ocurre, según Wallerstein, es que, sencillamente, y en función del coste de la fuerza de trabajo, **la ganancia suele ser mayor cuando no todos los eslabones de la cadena productiva están mercantilizados**. Ésta será una tesis central del texto, a partir de la cual el autor derivará la expansión del capitalismo hacia las periferias. Pero la pregunta que nos hacemos ahora es la siguiente: ¿cómo es posible que un sistema que tiende a la mercantilización de todos los sectores de la sociedad, disminuya, en cambio, sus ganancias cuando esto se da efectivamente? En realidad, la respuesta es todo el resto del artículo.

Wallerstein sitúa el origen histórico del capitalismo en Europa, a finales del siglo XV, desde donde se extendió por todo el mundo hasta nuestros días. El autor no parece distinguir entre capitalismo comercial i capitalismo industrial, sino que más bien, la aparición de la tecnología, cuya plasmación concreta sería la *revolución industrial*, se ve como una manifestación más de la lógica interna del capitalismo. En cualquier caso, lo que sí reconoce Wallerstein que puede plantear interrogantes es la generalización de su primera afirmación. Ello en el sentido que los interrogantes pueden ser de dos tipos: empíricos o teóricos. Los empíricos obedecen a cuestiones puntuales, tales como *en qué momento se integró el imperio otomano en la economía mundo capitalista* etc.; Los teóricos se plantean desde un punto de vista autocrítico en la medida que cuestionan hasta qué punto puede resultar útil la visión que se está obteniendo del capitalismo a partir de una clasificación inductiva. La objeción más clásica al planteamiento, aún no totalmente desarrollado por Wallerstein, es la consideración del capitalismo como una forma específica de relación social de producción. La segunda objeción, vicaria en realidad de la primera, se cuestionaría que ocurre en el momento que un estado nacionaliza sus industrias -un estado socialista, por ejemplo- ¿se pone realmente fin a la participación de este país en la economía-mundo capitalista?

Para Wallerstein, la primera objeción correspondería a una enfatización de las relaciones sociales de producción como elemento para discernir dónde encontramos o no un sistema capitalista. El planteamiento del autor no va en ese sentido: el capitalismo, como ya hemos visto, se define por la progresiva expansión del mercado; allí donde exista mercantilización de la cadena de mercancías, hay capitalismo. Será pues proletario cualquiera que trabaje para el mercado, bien esté plenamente proletarizado o sólo semiproletarizado. Por lo que refiere a la segunda objeción, y en función de lo que acabamos de manifestar, dicho país seguiría con toda probabilidad subordinado a la economía mundo capitalista.

Para entender esto, hay que conocer realmente cómo ha funcionado el capitalismo desde sus orígenes y cómo se ha implantado en el mundo.

El objetivo de todo productor es la acumulación de capital, y ello pasa por producir tanto como sea posible y por colocarlo en el mercado con el mayor margen de ganancia posible. Frente a estas aspiraciones, el mercado capitalista presenta una serie de restricciones objetivas: la capacidad de producción está limitada por sus disponibilidades en distintos ámbitos; el margen de ganancia está limitado por la capacidad de la competencia... Hay además otro tipo de restricciones, tales como las medidas políticas que un gobierno adopte en un momento dado etc. De todos estos aspectos nos vamos a centrar en la fuerza de trabajo y en la competencia. Con ello se pretenderá demostrar que la proletarianización progresiva, en su sentido clásico, no es necesariamente un fenómeno que interese al capitalismo, sino que, bien al contrario, éste prefiere tomar la fuerza de trabajo de estructuras semiproletarias, y es ésta precisamente una de las causas de la expansión del capitalismo. Con ello, el término proletario acaba aplicándose a cualquier trabajador situado en algún eslabón de la cadena de mercancías, con la única distinción que en muchos casos, los proletarios no están totalmente *proletarizados*, siendo esta la opción preferida por el capitalismo. En cambio, la proletarianización absoluta es una especie de *efecto perverso* de la libre competencia entre capitalistas.

## II.- LA FUERZA DE TRABAJO

La maximización del beneficio se ha producido históricamente a partir de un elemento central: la fuerza de trabajo. Esta mercancía presenta dos preocupaciones centrales desde el punto de vista del capitalista: su coste y su disponibilidad. La fuerza de trabajo fija puede resultar rentable en caso de mercado estable, lo cual no concuerda demasiado con la naturaleza del capitalismo. Más bien al revés, la fuerza de trabajo estable era una característica precapitalista. Desde la perspectiva del capitalismo, la fuerza de trabajo ha de amoldarse al mercado. La fuerza de trabajo variable, por su parte, no trabaja, por definición, de forma permanente para el mismo productor, sino sólo esporádicamente, a requerimiento de las demandas del mercado. El sistema capitalista requiere mano de obra disponible no fija, y ésta es la base histórica del trabajo asalariado.

Es indudable que el proceso de proletarianización presenta grandes ventajas para el empresario. Lo sorprendente, para Wallerstein, y con ello entramos en el aspecto central del artículo, **por qué el proceso de proletarianización ha sido tan escaso**. Es decir, por qué el proletario, entendido desde su noción clásica y como elemento esencial al capitalismo, también desde su noción clásica, no ha crecido al mismo ritmo que la implantación de la economía mundo capitalista.

Se ha entendido tradicionalmente por proletario aquel individuo que vive sólo de la venta de su fuerza de trabajo. Pero esto es para el autor algo bastante extraño desde el punto de vista histórico. Los individuos han tendido siempre a vivir en unidades domésticas que comparten un fondo común de ingresos actuales y

capital acumulado. La estructura que más rápidamente viene a la mente es la familia, pero no es la única.

La noción clásica de proletario partiría de una distinción ficticia e inducida artificialmente entre trabajo productivo y trabajo no productivo. Esta distinción se les fue imponiendo ideológicamente desde fuera a los trabajadores a partir de su pertenencia a estas estructuras de unidades domésticas. Lo que aparece a continuación no nos resulta extraño en absoluto, sino más bien al contrario, muy familiar: trabajo productivo → dinero → hombre → fuera de la unidad doméstica ; trabajo improductivo → no mercantilizado → mujer, niños, ancianos → dentro de la unidad doméstica.

La cuestión es, una vez más, cómo se explica que la mercantilización de la fuerza de trabajo presente unos límites que están impuestos por el propio capitalismo. La respuesta la encontramos a partir de algo tan elemental como que cualquier empresario prefiere pagar siempre menos quemás. Así, una unidad doméstica totalmente proletarizada, es decir, que viva sólo de sus ingresos por la venta de su fuerza de trabajo, tendrá un umbral monetario por debajo del cual no podría trabajar porque no permitiría el nivel mínimo de subsistencia. Muy al contrario, el *proletario* de una unidad doméstica sólo *semiproletarizada* podrá trabajar por un salario inferior en la medida que su supervivencia no depende exclusivamente del salario que perciba por su trabajo fuera de la unidad doméstica. Parece ser, pues, que para el capitalismo resulta mucho más beneficioso que los asalariados vivan en unidades semiproletarias en lugar de totalmente proletarias. Con ello, se ha pasado de explicar las razones de la proletarización a explicar por qué este proceso ha sido incompleto.

### III.- MERCADO Y JERARQUÍA:

El creciente proceso de proletarización sólo podremos llegar a entenderlo estudiando los procesos del mercado, que es donde se encuentra la auténtica clave del capitalismo. En primer lugar, debemos abandonar la idea de mercado como un lugar donde se encuentran en productor y el consumidor final, y entender el mercado como una larga cadena de mercancías en la que hay muchos *mercados intermedios*, en cada uno de los cuales el comprador trata de arrancarle al vendedor una parte de la ganancia obtenida de todos los procesos de trabajo anteriores a lo largo de la cadena. Tradicionalmente se ha considerado que esta pugna viene regida por la ley de la oferta y la demanda. Pero ésta es precisamente, en opinión del autor, la gran falacia que hay que desenmascarar. Ciertamente, la manipulación monopolista sería un elemento a tener en cuenta, pero hay otro, no tan conocido e igualmente determinante, si no más: la integración vertical de distintos eslabones de la cadena, de manera que comprador y vendedor, de hecho, son en determinados momentos la misma persona, con lo cual el precio se puede establecer arbitrariamente. La integración vertical, así como el monopolio horizontal, no solamente no ha sido rara, sino que constituye la norma estadística del capitalismo, en lugar de constituirla esos puntos donde comprador y vendedor sería antagónicos.

Estas cadenas de mercancías han tenido múltiples puntos de origen, pero presentan una tendencia geográfica centrípeta: **de las periferias a los centros**. La cuestión es ahora: **¿por qué ha sucedido así?**

La respuesta viene dada por la progresiva jerarquización del espacio en la estructura de los procesos productivos. Ello implica una polarización creciente entre el centro y la periferia de la economía-mundo. Antes del capitalismo, estas diferencias espaciales ya existían, pero eran pequeñas, el grado de especialización espacial era limitado. El capitalismo, en su expansión, reforzó estas diferencias y las consolidó.

Estamos hablando ni más ni menos que de un intercambio desigual que se presenta bajo la apariencia de un libre intercambio a precio de mercado libre. El uso de la fuerza, en período de guerras y de expansión colonial, ha sido decisivo en este sentido, pero aun así, fuera de estos períodos se tiene la impresión de estar en un mercado libre. La pregunta es cómo ha conseguido el capitalismo evitar que este intercambio desigual se hiciera patente. La respuesta la encontramos en la estructura aparentemente dual de la economía-mundo capitalista: la separación de los ámbitos económico y político. Por un lado, la transnacionalidad de las cadenas de mercancías es un rasgo descriptivo del mundo capitalista, pero por el otro, la existencia de estados formalmente independientes y soberanos tiende a separar los ámbitos político y económico, cuando en realidad se trata de una diferenciación falaz.

Originariamente, el intercambio desigual surge de una diferencia real en el mercado debido a la escasez de un proceso de producción complejo. El área con el artículo *menos* escaso vende a la otra a un precio que supone un coste real mayor que el de un artículo de igual precio que se moviera en la dirección opuesta. Se produce entonces una transferencia del excedente de una zona a otra, de la periferia al centro. A partir de ahí, encontramos multitud de mecanismos que han incrementado esta disparidad:

- La integración vertical de dos eslabones permitía desviar una parte aún mayor hacia el centro.
- El centro pasaba así a concentrar capital, el cual servía para proseguir la mecanización y adquirir ventajas competitivas adicionales.
- Esta concentración progresiva de capital creó la base fiscal y la motivación política para construir aparatos de estado relativamente fuertes, entre cuyas funciones estaría la de garantizar que los estados periféricos se mantuvieran débiles. Así, se presionaba a las estructuras estatales periféricas para que fomentaran una mayor especialización en tareas inferiores dentro de la jerarquía de cadenas de mercancías. El aparato de fuerza sólo se utilizaba en momentos significativos, pero en general, este intercambio desigual permanecía oculto porque los precios reales siempre parecían negociados en un mercado libre.

#### **IV.- MERCADO Y PROLETARIZACIÓN:**

Retomemos ahora la pregunta: ¿por qué ha habido proletarización?. El proceso de proletarización, que en realidad revelaba una paradoja dentro del sistema

capitalista, es la consecuencia del desarrollo de la contradicción existente entre el interés individual del capitalista, por un lado, y el interés colectivo, por el otro. El intercambio desigual sirve, por definición, al interés colectivo, pero no necesariamente al individual según en dónde esté éste situado. La competencia es esencial al capitalismo, y el desfavorecido tratará de cambiar la situación a su favor. Aquí cita Wallerstein con cierta sorna *la mano invisible* de Adam Smith, pues si algo es evidente, es que los resultados de esta libre competencia en modo alguno pueden calificarse de armoniosos, como lo hiciera el fundador de la economía moderna.

El resultado más bien parece ser que el capitalismo, desde su aparición, alterna ciclos de expansión y de estancamiento que le son intrínsecos. Estos ciclos vienen marcados por crisis periódicas que aparecen aproximadamente cada cincuenta años. La competencia comporta que cada empresario se esfuerce por acceder a los puntos más rentables de las cadenas de mercancías. Como consecuencia, se produce una mayor concentración de operaciones en los eslabones de la cadena, concentración desproporcionada que tiene como resultado la superproducción. Esto supone la desaparición de algunos empresarios y trabajadores: los empresarios arruinados y los trabajadores, o bien víctimas del cierre de empresas, o bien de los procesos de mecanización destinados a reducir los costes unitarios de producción..

Pero los cambios en el proceso de producción permitían a su vez degradar ciertas operaciones en la jerarquía de la cadena de mercancías, en la medida que aparecían otras nuevas por encima. Esta degradación permitía dedicar mayores esfuerzos a otros eslabones que, al ofrecer insumos más escasos, eran más rentable. Y la degradación jerárquica de determinados procesos ha implicado a menudo una redistribución geográfica; un desplazamiento de los sectores degradados a zonas donde la mano de obra sea más barata. Esto tiene toda una serie de consecuencias:

1.-Esta constante reestructuración geográfica no ha alterado la jerarquía del sistema de cadena de mercancías centro-periferia.

2.-En este conexto, los trabajadores siempre han tratado de incrementar su parte del excedente. Y la forma más inmediata para ello es la mercantilización de su propio trabajo. Ciertamente, la explotación en unidades domésticas semiproletarias es mayor que en las completamente proletarizadas. Son los trabajadores quienes han impulsado al máximo la mercantilización de la fuerza de trabajo, pero para que ello se haya dado efectivamente, han tenido que darse períodos en los que los intereses de los trabajadores y los de algunos empresarios coincidieran objetivamente.

Wallerstein piensa en los momentos de estancamiento como los de proletarización. Algunos empresarios, debido a las presiones obreras en parte y en parte creyendo que los cambios estructurales en las relaciones de producción les beneficiarían frente a la competencia, han impulsado la proletarización de un sector limitado de trabajadores en alguna parte. Por esto se ha producido la proletarización, como resultado de la competencia, aunque a largo plazo lleve a

una reducción de los niveles de ganancia, y como resultado también de las presiones de los trabajadores.

3.- La paradoja aparente consiste en que se siga produciendo una creciente concentración de capital al tiempo que se da una progresiva proletarización que reduce los niveles de ganancia. Esto sólo se explica a partir de un hecho: *el capitalismo histórico, en su emplazamiento geográfico, ha crecido constantemente con el tiempo.* Y esta expansión geográfica se explica a partir de **la búsqueda constante de mano de obra barata.**

Hasta el momento, el capitalismo ha penetrado en distintos sectores y los ha sometido a la lógica del mercado. Pero este crecimiento expansivo es una necesidad interna del capitalismo. Y en realidad, esto es lo que en opinión del autor convierte el capitalismo en un sinsentido, como un ratón condenado a correr siempre sobre la rueda de la jaula. No hay nada de racionalidad en el capitalismo, como no sea la suya propia, lo cual no es gran cosa.

Al final del texto, el autor se pregunta cómo pudo surgir el capitalismo, y aventura una hipótesis según la cual el capitalismo fue la solución, o mejor la salida que las clases dominantes idearon en la Europa de los siglos XIV y XV para impedir la desaparición de su propio dominio. Por lo que refiere a su finalidad, Wallerstein nos recuerda las complicidades entre el capitalismo y el conocimiento moderno, que nos prohíbe hablar de causas finales y de intencionalidad. Pero si lo hacemos, el autor afirma que nos encontraremos con evidencias que nos sorprenderán:

*“Cuanto más reflexiono sobre ello, más absurdo me parece. No sólo creo que la inmensa mayoría de la población del mundo está **objetivamente y subjetivamente en peores condiciones materiales que en los sistemas históricos anteriores**, sino que, como veremos, pienso que se puede argumentar que están también en peores condiciones políticas. Todos nosotros estamos tan influenciados por la ideología justificadora del progreso...”*

## COMENTARIO

Diremos de entrada que se trata de un artículo denso y complejo. Sin duda son muchas las cuestiones que merecerían salir a colación. Aquí nos limitaremos, no obstante, a tratar aquellas que nos parecen más relevantes por lo que refiere a la tesis central del artículo, y ello por cuanto no participamos de la tesis central del autor, entendida en conjunto, si bien en determinados aspectos parciales sus análisis nos parecen, sencillamente, geniales.

Wallerstein entiende el capitalismo como un sistema de mercantilización. Es la existencia del mercado, entendido como una larga cadena jerarquizada de mercancías lo que nos daría, según el autor, la auténtica comprensión del fenómeno capitalista en su verdadera naturaleza. Las relaciones de producción quedan pues relegadas a un nivel secundario. La mercantilización de la fuerza de trabajo, que es y ha de ser además variable, es una de las consecuencias del

principio por excelencia de la economía capitalista: acumular capital a fin de obtener más capital; maximización del beneficio y minimización del coste. Y el coste más fácilmente minimizable es el que se considera capital variable: la fuerza de trabajo.

Hasta aquí, aun con la salvedad de la enfatización del mercado sobre las relaciones de producción, el planteamiento podría considerarse clásico. El capitalismo requiere de una fuerza de trabajo variable cuya disponibilidad esté en función de los requerimientos del mercado sobre la producción. La paradoja que nos presenta Wallerstein a partir de ahí es doble: en primer lugar, fuerza de trabajo se entiende como mercancía, y esto quiere decir proletarización. Sin embargo, esta mercantilización de la fuerza de trabajo, aún siendo aparentemente una exigencia del capitalismo y una consecuencia suya, disminuye los márgenes de ganancia. Y ello porque el proletario ha de calcular un salario que le permita sobrevivir durante el tiempo que no está empleado. Esta es una idea interesante sobre la que volveremos luego, ya que recuerda el planteamiento de Adam Smith sobre la fuerza de trabajo como mercancía.

Pero sigamos aún con esta primera paradoja: para el capitalismo resulta más rentable obtener fuerza de trabajo de individuos que vivan en unidades domésticas no totalmente proletarizadas, sino sencillamente semiproletarizadas. Y a partir de esto se entiende la expansión geográfica del capitalismo por todo el globo como un proceso de resituación de procesos productivos en busca de fuerza de trabajo más barata. La proletarización parece ir pareja a una mayor semiproletarización, algo así la teoría pesimista del salario de David Ricardo. Según eso, resultaría que la posibilidad de la existencia de proletarios puros, que aumentaría en progresión aritmética, vendría dada por el aumento en progresión geométrica de proletarios en unidades domésticas semiproletarias y, por ello, peor pagados y más rentables al capitalismo.

La segunda paradoja viene dada por la aplicación de este mismo modelo a escala de economía mundo. La cadena de mercancías que es el mercado no responde en realidad a oferta y la demanda, sino a una jerarquía geográficamente distribuida entre centro y periferia, que es el resultado de un largo proceso de integración vertical de eslabones del mercado y de monopolio horizontal a vargo del centro. Al capitalismo como tal no le interesa la absoluta mercantilización de la fuerza de trabajo, pero esta se produce como consecuencia de los procesos y tensiones internas a éste. Entonces el capitalismo, cuya exigencia objetiva es conseguir cada vez una mayor acumulación de capital, se expande geográficamente en busca de zonas donde encontrar mano de obra más barata, que coincide con los procesos productivos situados en el eslabón más bajo de la cadena de mercancías; cadena que se ha jerarquizado a partir de la institucionalización y a la vez el ocultamiento de un intercambio desigual entre el centro y las periferias.

En primer lugar quisiéramos tomar en consideración la cuestión del método. No se trata, ciertamente, de un tema central ; sobre todo en la medida que el objeto de este comentario no es investigar la fundamentación epistemológica de las teorías de Wallerstein. Pero es importante mencionarla, cuando menos, si



consideramos que en el mismo encabezamiento del texto, el autor realiza una declaración de intenciones sobre la línea y el método a seguir en su investigación. De en qué medida esta declaración resulte aceptable o no por parte del lector, dependerá la consideración general sobre el artículo, pues se trata de una declaración explícita de la fundamentación intelectual de todo lo que después vendrá. Wallerstein afirma proponerse “*tratar de describir cómo ha sido el capitalismo realmente en la práctica, cómo ha funcionado en cuanto a sistema y por qué se ha desarrollado en la manera que lo ha hecho...*”. Ello, se nos dice, es muy distinto que, después de haber observado su realidad, “*intentar resumir esta realidad en una serie de enunciados abstractos para juzgar y clasificar la realidad*”.

Ciertamente habría acuerdo universal con respecto a esta afirmación, aun con los debidos y oportunos matices. Pero la cuestión que esta afirmación plantea, más acá de la fundamentación epistemológica, sería la de definir quién piensa Wallerstein que actúa de tal manera que obliga a comportarse a la realidad de acuerdo con sus conceptos *abstractos*. Cabría recordar que cualquier explicación de la realidad es una teoría y, en este sentido, una abstracción. Los hechos en sí no dicen nada, sólo en un universo de sentido adquieren significado. Y esto es abstracción. Pero aún: ¿en qué medida no cae Wallerstein en aquello que él mismo critica como no válido? No entraremos ahora en esta cuestión, que dejaremos para más adelante -la comparación con Wolf- pero consideramos oportuno citarla en la medida que no nos parece en absoluto irrelevante, como trataremos de demostrar en su momento.

La teoría de Wallerstein sobre el capitalismo consiste, esencialmente, en una enfatización del mercado respecto de cualquier otra instancia definitoria del sistema. No cabe duda que el estudio del mercado nos revela, sin duda, toda una serie de aspectos sobre el funcionamiento interno del capitalismo altamente significativos. Pero si *a fortiori* entendemos que el único requisito del capitalismo es el mercado, y que en él se encuentra su auténtica esencia, entonces cabrá reconocer que retornamos a aquello que se pretendía evitar de entrada: todas las sociedades humanas, como mínimo desde el neolítico, habrían sido capitalistas. La cuestión no estriba tanto en el mercado, sino en la mercantilización -cosa que Wallerstein, por supuesto, acepta-. Es decir, con el capitalismo, **todo deviene mercancía** o, en todo caso, susceptible de serlo.

En las sociedades precapitalistas había, en cambio, una serie de instancias que no se consideraban bajo ningún concepto mercancía, sino que sencillamente su valor era de uso. Tampoco el dinero era el predicado a través del cual se puede definir el valor de cambio de cualquier cosa, y ello por la sencilla razón que no todo era mercancía. Con esto no pretendemos decir que antes del capitalismo no hubiera avaros ni gente que traficara con lo *más sagrado*, por decirlo así. Pero sí que, como concepción general del hombre y del mundo, el ámbito de lo económico era sencillamente una instancia más. Con el capitalismo esta instancia deviene, no solamente central, sino que envuelve a todas las demás bajo su lógica. En este sentido el capitalismo es asocial -citando, aun en su contra, al autor-.

El capitalismo es pues mercantilización de todos los ámbitos de la sociedad: todo es susceptible de ser mercancía porque todo es, sencillamente, cuantificable más allá de la valoración subjetiva que un determinado objeto pueda merecerle a cada cual. Pero ¿cuándo y cómo se produce esta inversión de valores en la sociedad, necesaria para que el capitalismo pueda desarrollarse? Es en este punto donde pensamos que se encuentra el error de base de Wallerstein. Es cierto que el capitalismo aparece en el siglo XVI en Europa. Pero no se trata aún del capitalismo que estamos hablando aquí. Wallerstein concibe el origen del capitalismo en Europa a finales del siglo XV y a partir de ahí se puede entender, según él, como un fenómeno mundial. No se puede discutir esta interpretación empíricamente, y de ahí la importancia de la cuestión del método y su fundamentación, que antes tratábamos. Pero sí podemos decir que las *dudas* empíricas a que alude en el texto y que pudieren surgir a raíz de esta afirmación, tienen un significado mucho más importante que el que en el texto merecen. El criterio de verosimilitud de toda teoría viene dado por su capacidad para contrastar e integrar precisamente los hechos empíricos, de los cuales se supone que ha de estar construida. Luego: el error a que nos referimos consiste sencillamente en la no distinción entre el capitalismo comercial que surge en el siglo XVI y el capitalismo de la revolución industrial, al cual corresponde verdaderamente la moral de mercantilización de cualquier cosa a la que antes aludíamos. Es cierto que esta moral capitalista la podemos encontrar ya en potencia en el siglo XVI, pero no se realiza plenamente hasta después de la revolución francesa en Europa, con la excepción de la Gran Bretaña, cuya revolución es casi un siglo y medio anterior y en la cual, no en vano, se encuentran los precursores teóricos y prácticos del capitalismo industrial. No es casualidad que el primer economista moderno, Adam Smith, fuera profesor de filosofía moral en la Universidad: había que presentar unos valores morales que se adaptaran a las nuevas necesidades; que glorificaran lo que antes se había visto como ruin y miserable: el afán por enriquecerse, el egoísmo como valor ético. Ya no se podía aceptar la versión cínica que había sugerido Mandeville según la cual de los vicios privados surgían las virtudes públicas. Ahora ya no podían considerarse vicios, sino virtudes. Es esta mentalidad la que situará lo económico como centro de la actividad humana, es esta mentalidad la que producirá la revolución industrial, y es la revolución industrial la que producirá al proletariado.

Sólo en la medida que la colonias europeas sean consideradas como centros de extracción de recursos por parte de la metrópoli, se puede decir que participan de la economía capitalista, **pero no que tengan un modo de producción capitalista** -con la probable excepción de las colonias británicas del Atlántico norte: embrión de los EEUU-. Es cierto que participarán de la economía-mundo desde una situación periférica. Pero no ésta la razón de que no surjan proletarios hasta fechas más recientes, sino que sencillamente, no se encontraban en un modo de producción capitalista y por ello, no había ni burguesía autóctona que previamente hubiera acumulado capital, ni las contradicciones que hicieron saltar por los aires el antiguo régimen, ni las condiciones objetivas como para que se diera la revolución industrial. **Ciertamente, aun aceptando su importancia decisiva -cosa que no hace Wallerstein-, podríamos atribuir el hecho de que no se produzca revolución industrial en las periferias precisamente a su condición periférica y, por ello, a su inferioridad jerárquica en la cadena de**

**mercancías respecto de las metrópolis occidentales. Nada más cierto. Pero nada más estéril, a su vez, si de entender el desarrollo del capitalismo se trata.** La revolución industrial es algo más que el resultado de una crisis más del capitalismo: es una transformación que se corresponde al cambio generalizado de valores que se estaba produciendo en Europa desde los últimos trescientos años. Y las colonias estaban, en este sentido, fuera del capitalismo en la medida que no tenían un modo de producción capitalista.

El trabajador proletarizado no es pues el resultado de un proceso de coincidencias objetivas entre los trabajadores y determinados capitalistas, ajenos a sus intereses colectivos, que en función de sus intereses inmediatos o de la presión de los trabajadores, deciden o aceptan mercantilizar sectores de trabajo hasta entonces no explícitamente mercantilizados. El trabajador proletario es más bien el resultado de una exigencia interna del sistema. El proletario es mercancía variable y de allí su mayor rentabilidad frente al esclavo. De no ser así, el capitalismo habría importado esclavos al continente sin duda alguna. Por lo que refiere al coste de esta fuerza de trabajo variable en base a los cálculos del trabajador sobre lo que necesita ganar para cuando no trabaje, la ley de la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo no funcionó como Wallerstein la describe, sino más bien como lo hicieron David Ricardo y Marx. El crecimiento constante de la masa de trabajadores agrícolas expulsados hacia la ciudad situó siempre la oferta de empleo en el umbral de la supervivencia. De raíz malthusiana, la teoría pesimista del salario de Ricardo viene a decir que la demanda de la mercancía trabajo aumenta en proporción aritmética, mientras que la oferta lo hace en geométrica.

Es cierto que la contratación de fuerza de trabajo procedente de unidades domésticas semiproletarizadas puede resultar más rentable, pero el surgimiento histórico del proletariado, ateniéndonos a su propio concepto, no pasa por ahí. Se trataba de masas desheredadas, empujadas del campo a la ciudad como consecuencia de las desamortizaciones y de la abolición de la servidumbre, que no tenían otra mercancía que ofrecer que su fuerza de trabajo. Las colonias industriales, las explotaciones mineras, las grandes zonas fabriles de la Europa de la primera mitad del siglo XIX, trataban con unidades domésticas completamente proletarizadas, en general. No podía ser de otra manera cuando para llegar al umbral de supervivencia se veían obligados a trabajar hasta los niños de seis y siete años tirando de los vagones en las minas a cambio de un salario de miseria. Y máxime cuando se contrataban niños para no tener que pagar el salario de un adulto allí donde no hacía falta.

## CRISIS Y DIFERENCIACIÓN EN EL CAPITALISMO

(ERIC WOLF)

El artículo de Eric Wolf comienza mostrando como la expansión del capitalismo no generó necesariamente la expansión del modo de producción capitalista de una manera generalizada. Más bien, tomando el ejemplo de Inglaterra, se trató, en un principio, de crear enclaves capitalistas en territorios organizados de manera diferente. Pero este no es un proceso que comience con la expansión colonial, sino que se dio también dentro de las naciones capitalistas. El capitalismo empezó, pues, generando centros y periferias en el mismo centro, detalle que hay que tener muy en cuenta en la medida que se contrapone a la tesis sostenida por Wallerstein, al que acusa de empleo incorrecto de las nociones de *centro y periferia*.

Al tratar el tema del capitalismo cabe distinguir cuidadosamente las nociones de modo y mercado. En caso contrario se acaba identificando el capitalismo con el mercado mundial, lo cual sólo en parte es cierto. El proceso de expansión del capitalismo bajo la forma colonial, dio como resultado un complejo sistema jerárquico controlado por el modo de producción capitalista, pero que incluía regiones subsidiarias precapitalistas.

Wolf, siguiendo Mandel, distingue ya de entrada entre modo de producción capitalista y mercado mundial capitalista. El modo de producción capitalista puede dominar, pero no por ello transforma a todos los pueblos del mundo en productores industriales de valores excedentes. A partir de esta distinción, además, plantea la cuestión de cómo el modo de producción capitalista se relaciona con los otros modos, para que a partir de ello podamos ver las transformaciones que estos otros modos sufren como consecuencia de este contacto. Se prefiere hablar, en definitiva, de heterogeneidad de sociedades, en lugar de utilizar conceptos como *centro-periferia* etc.

La razón de la distancia que Wolf -vía Mandel- toma respecto a Wallerstein -y también respecto a Frank- viene dada por la diferente percepción que ambos tienen de la naturaleza del sistema capitalista. Para Wallerstein, como hemos visto en el texto anterior, el capitalismo viene definido como un sistema de producción para el mercado. El modo como se articula y desarrolla el trabajo social en la producción de excedente es secundario. Basta que se opere bajo relaciones capitalistas para que el productor de excedente sea proletario, de la misma manera que todos los tomadores de excedentes son capitalistas. Con ello, como indica Wolf, se diluye el concepto de modo de producción capitalista en el de mercado mundial capitalista; dos nociones, en cambio, que para Wolf es imprescindible diferenciar cuidadosamente.

Wolf prosigue su crítica a Wallerstein indicando que éste identifica la expansión de Europa a partir del siglo XV con la aparición del capitalismo en su integridad, para concluir, además, que todo el mundo se ha vuelto capitalista desde entonces.

En realidad, la clave de problema está en dónde situamos la producción de excedente. Para Wolf, en la medida que es en el trabajo, será en modo cualitativamente específico de destinar el trabajo social a la transformación de la naturaleza lo que caracterizará al capitalismo. Como Marx, Wolf sitúa el origen del valor en el trabajo humano. Para Marx, el capital no era simplemente una cierta riqueza, sino un elemento financiero estratégico que se combinaba con otros elementos: maquinaria, materias primas y fuerza de trabajo. Pero será precisamente cuando una acumulación de riqueza puede comprar energía humana y la pone a trabajar como instrumento, cuando esta riqueza se vuelve capital. Y ello no se da históricamente de una manera consistente hasta finales del siglo XVIII. Asimismo, el modo de producción capitalista produjo un cambio en la forma de despliegue del trabajo social y un tránsito del mercado mercantil al mercado capitalista. El mercado mundial capitalista se fundamenta en el modo de producción capitalista, y no a revés, como pretende Wallerstein.

¿Por qué se produce la expansión de capitalismo? La respuesta de Marx, y la de Wolf, se encuentra en una extraña situación de inestabilidad constituyente, como consecuencia de sus contradicciones internas. El capital adquiere, en el curso del proceso productivo, dos elementos: medios de producción y trabajo. El trabajo es capital variable, y genera plusvalía, mientras que la maquinaria es capital fijo, y aun que puede generar plusvalía -pues su valor no es sino el resultado del trabajo humano desarrollado para producirla- lo hará siempre en menor medida. Por ello la tendencia capitalista será la de mantener en una proporción favorable la relación trabajo maquinaria. Pero ello no es posible por cuanto la competencia requiere una inversión incesante en el crecimiento de los medios de producción, con la consiguiente reducción de las plusvalías obtenidas del capital variable. Pero es que, además, este mismo crecimiento amenaza con producir una declinación de la tasa de ganancia. Entonces, como señaló Marx, el capital se vuelve improductivo. Se cierran las fábricas y el desempleo determina la bajada de los salarios, con lo cual el ciclo comienza de nuevo. Primero, la proporción aumentada de capital fijo respecto al variable había reducido la tasa de ganancia. Con la crisis, el capital invertido en medios de producción se habrá depreciado, a la vez que la fuerza de trabajo será más barata.

También se nos indica otra fuente de las crisis del capitalismo: la crisis de realización, es decir, un estado de superproducción en el sentido que los consumidores son incapaces de absorber el conjunto de mercancías producidas.

La expansión del capitalismo por el mundo va asociada al imperialismo; término que no aparece en los escritos de Marx, que se refiere a comercio exterior. Sí será, en cambio, un tema de interés central para algunos de sus sucesores, como Lenin o Rosa Luxemburg.

La idea central de Lenin sobre el imperialismo, que consideraba la fase superior del capitalismo -como reza el título de una de sus obras- arranca de un tal Hobson, que en el año 1902 había explicado la expansión del capitalismo arguyendo que la acumulación de capital iba pareja con un mercado interno insuficiente para las mercancías producidas. La intención de Hobson era la de favorecer de alguna manera un mayor poder de compra en el interior del país,

pero Lenin argumentó a partir de esto que el imperialismo era, en realidad, una etapa posterior necesaria del capitalismo en desarrollo. En opinión de Lenin, el capitalismo ya no consistía en la competencia entre firmas individuales, sino que se había producido una inmensa concentración de ingentes sumas de capital financiero e industrial en manos de una oligarquía que dominaba toda la economía. Lenin conecta así el imperialismo con los monopolios, el apoderamiento político y militar de las colonias y la guerra abierta entre las potencias capitalistas rivales.

Rosa Luxemburg, en cambio, la causa de la crisis capitalista viene dada por la tendencia del sistema a producir más bienes de los que pueden ser absorbidos. El imperialismo no es, desde este punto de vista, nada más que la búsqueda de nuevos mercados. El argumento puede parecer ingenuo: parece ignorar el hecho de la tendencia capitalista a producir más medios de producción para la propia producción en lugar de producir mayores cantidades de valores de uso. Además, no desvela de dónde sacarán el poder de compra los potenciales compradores sometidos por el imperialismo.

No obstante la ingenuidad de su planteamiento en este sentido, Rosa Luxemburg señala la tendencia del modo capitalista a ensancharse en busca de materias primas y de mano de obra barata para procesarlas. Fue, en este sentido precursora de la idea de entender el mercado como el lugar de las relaciones entre un centro capitalista y una periferia dominada.

Pero no todos los capitalismoos que se han dado históricamente han seguido una pauta idéntica. Hay multitud de factores que determinan la evolución del modo de producción capitalista en un sentido u otro. No se desarrolló igual el capitalismo en Alemania que en Inglaterra o en Rusia, por ejemplo.